

DISCURSO EN LA CELEBRACIÓN
DE LOS CINCUENTA AÑOS
DE JAIME TORRES BODET, COMO ESCRITOR *

LOS CINCUENTA AÑOS de consagración a las letras que esta noche le celebramos a Jaime Torres Bodet son, señoras y señores, los mismos que llevamos de cultivar una amistad que nació cuando en 1918, él acababa de realizar el sueño adolescente de ver en libro impreso sus primeros y ya perfectos poemas. El privilegio pues de participar con unas palabras en el homenaje que hoy rinde a su obra de medio siglo la Biblioteca Nacional, es un derecho de antigüedad que ejerzo con orgullo y con gusto.

Ocioso y redundante, empero, sería que mis palabras consistieran en ofrecer a ustedes una bibliografía de cuya sólida robustez dan ya testimonio los muchos estudios que en varias lenguas han ocupado a cuantos han seguido, de cerca o de lejos, la producción de un mexicano excepcional: de uno a quien el servicio público a su país no ha impedido conciliar el deber con la vocación: de un esencial poeta que hermano de sí mismo, ha sabido reservar para sí el tesoro de su inspiración, cultivar sin tregua su privado huerto poético, y entregar a todos el oro de su prosa y el caudal siempre renovado y universal de su sabiduría.

No voy pues a hablar de sus libros: ni de su magisterio, comenzado a ejercer cuando a los dieciocho años de su edad ya enseñaba literatura francesa y griega a alumnos mayores que él en la vieja Escuela de Altos Estudios de una Universidad a cuyo renacimiento asistía jubiloso, cerca de un Vasconcelos primero en advertir, aprovechar y encauzar el talento de aquel joven: magisterio que más arduas tareas interrumpirían: pero que corridos los años, reanudaría el miembro distinguidísimo de un Colegio Nacional recién fundado, al impartir en su aula los cursos en que nos ha comunicado el fruto de sus estudios dándonos en lecturas irreprochables la esencia y la presencia de Stendhal, de Dostoyewsky y de Galdós; de Balzac, de Tolstoi, de Proust, de Darío o de Othón y González Martínez.

Hablaré, en cambio, de lo que no aparece en sus libros: de lo que acaso forma parte de las memorias cuyo preludeo riguroso y discreto hemos escuchado en su *Tiempo de arena*: del Jaime Torres Bodet que conocí en 1919 cuando a una preparatoria acabada

* Leído el 11 de diciembre de 1968 en la sala "José María Vigil" de la Biblioteca Nacional.

de rescatar del normalismo a la normalidad, llegó como secretario —el director era don Ezequiel A. Chávez— un joven cuya fama de poeta suscitó un vivo interés por acercarse a él en dos estudiantes del último año que hacían versos y leían ávidamente: Xavier Villaurrutia y Salvador Novo.

Lo hicimos. Nos acogió con una cordialidad de colegas, templada por la seriedad del funcionario. Concluidas las clases (que nos daban, tocándose, los dos extremos, representados por los supervivientes del porfirismo que eran el propio don Ezequiel, o Nica Rangel, o don Samuel García y los jóvenes Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Narciso Bassols), íbamos a visitar a Jaime a su pequeño despacho. Del escritorio de cortina sacaba el poema escrito la víspera, y nos lo leía. Otro tanto hacíamos nosotros, Xavier y yo. Pronto conocimos a dos amigos suyos que iban también a visitarle: eran Bernardo Ortiz de Montellano y José Gorostiza Alcalá. Ambos en vísperas de publicar sus primeros libros; *Avidez* Bernardo, Gorostiza sus *Canciones para cantar en las barcas*.

Luego, pronto, Vasconcelos llamó a Jaime más cerca suyo, lejos de la preparatoria. Pero ya había nacido entre el pequeño grupo una amistad que, por las tardes, nos reunía con alguna frecuencia.

"New York era pequeña entonces —y también nuestra ciudad." Yo sentía a diario crecer mi admiración por este joven apenas dos años mayor que yo, y sin embargo ya en el despegue, como ahora se dice, de una carrera luminosa de éxitos que me dolía que nos alejara un poco. Solía ir a importunarle por las mañanas, pues su casa en Altamirano quedaba cerca de la mía en Arquitectos, y acompañarle al centro en su coche oficial, como poco antes coincidíamos en el camión —cuando él renunciaba a nuestro eventual paseo por Madero y merienda en *Selecty* o en *Lady Baltimore*, por irse a casa a preparar su clase del día siguiente. Comenzábamos entonces a fumar. Y había unos cigarrillos de boquilla dorada, *Gadol Melek*, de los que al ofrecerme uno, Jaime me dijo una mañana: "De éstos fuma el rector." El rector era Vasconcelos.

Fundada ya la Secretaría de Educación, el joven secretario particular del rector fue asignado por el secretario al Departamento de Bibliotecas. ¿Qué cuartel general podría haber sido más propio para quien había hecho desde su infancia, de los libros su alimento y su vida; para quien ahora podría fundar y multiplicar bibliotecas y salas de lectura, difundir los clásicos, planear ediciones?

De nuevo, como dos o tres años atrás en su pequeño despacho de la preparatoria, un grupo ahora mayor de amigos visitaba a Jaime Torres Bodet: Enrique González Rojo dirigía las Bellas Artes. Y José Gorostiza, la revista *El Maestro*. Muchos libros de Jaime habían aparecido: de poesías, después de aquél primer ensayo *Los límites del arte y algunas reflexiones de moral y literatura*, que ya anunciaba al crítico y al ensayista. En aquellas reuniones matutinas en que le hurtábamos tiempo en su despacho, asomados acaso a la tranquila calle de la Encarnación, aún no bautizada con el nombre de su vecino don Luis González Obregón, se planteó la necesidad de editar una revista literaria del grupo. Fue *La Falange*, preludeo de *Contemporáneos*. Las rutas empezaban a diversificarse, Bernardo Ortiz de Montellano publicaba en Calleja una *Antología de cuentos mexicanos*: Jaime *Nuevas canciones*. Eran los años en que a *Fervor* seguirían *El corazón delirante*, *Canciones*, *La casa*, *Los días*, *Biombo*: los libros de poemas escritos en México, antes que fuera dispersada por la política la coincidencia de aquel "grupo de soledades"; fundada ya la revista *Contemporáneos*, Jaime ingresará a la diplomacia y casado ya con la que ha sido la compañera inapreciable de su vida, se alejará de un México vivo empero siempre en su recuerdo. De España nos llegaría, en 1930 un nuevo libro de poemas: *Destierro*. Y tras de sus primeras obras de prosa: *Margarita de niebla*, 1927 en México, nos vendrían de España *La educación sentimental*, *Proserpina rescatada*, *Estrella de día*. Era evidente que como en México, Jaime conciliaba sus deberes oficiales con su vida literaria más fervorosa.

Muchos años estuvo ausente. La ciudad, nuestra pequeña ciudad de los veintes, crecía; voces más estentóreas que nuevas proliferaron a denostar el extranjerismo y la decadencia de los que empezaban ya a conocerse —desconociéndolos— como los *Contemporáneos*.

Luego, de pronto, asumió la presidencia don Manuel Ávila Camacho. Los afectos a acuñar frases anunciaron que había sonado "la hora culta de la Revolución". Y hubimos la sorpresa de que Jaime Torres Bodet fuera llamado, en madurez el joven que había veinte años antes estado en contacto con ella, a dirigir la educación mexicana.

La campaña alfabetizadora que él había visto iniciar a Vasconcelos cobró ahora auge y organización. Este "extranjerizante" regresaba del extranjero con una perspectiva y una estimación universales de las necesidades —y de las posibilidades— culturales de

un México que se entregó a servir con tenacidad, con asiduidad. Estimuló al recién fundado Colegio Nacional, instituyó los Premios Nacionales, inició una copiosa serie de cuadernos de cultura popular, reunió en un volumen encargado a especialistas las contribuciones de México a la cultura. Y nunca los discursos presidenciales lucieron, como entonces, mejor estilo ni mayor enjundia.

No es sin embargo el *curriculum* del funcionario lo que hoy me he propuesto evocar ni puntualizar; sino el curso de una amistad que las ocupaciones absorbentes del secretario de Educación, o de Relaciones, atenuaban sin quebrantarla. Volvió a ausentarse Jaime, ahora a dirigir la UNESCO; a ser, como lo expresaba Carlos Pellicer, Ministro de Educación del planeta. El horizonte del hombre se amplió entonces, su actividad se multiplicó, su renombre creció. Y volvió nuevamente a México, a una Secretaría de Educación que en esos años había crecido, como todo el país, en complejidades y urgencias. Culminación de su servicio a la cultura mexicana en ese último —hasta ahora— periodo de trabajo oficial, fue el Museo Nacional de Antropología. Las frases inscritas en sus mármoles resumen el pensamiento del poeta, del educador y del humanista que se reintegraba a la privacidad; que por primera vez en muchos años podría gozar de su espléndida biblioteca, sin acuerdos, ni juntas, ni apremios.

“He vuelto a encontrar —le confió al abate de Mendoza— a Jaime Torres Bodet.” Y a nuestra vez, sus viejos amigos lo hemos recuperado. Muchos libros han salido en estos cuatro años de su nunca ociosa y siempre bien cortada pluma: pero él también ha podido volver a sentarnos a su mesa como en los viejos, apacibles tiempos que nos reunían los sábados en un *Sanborn's* que encontrábamos decoroso: charlar, convivir, ir juntos a teatros y a conciertos y fundar un exclusivo Club de los Cumpleaños que nos congrega a turnos con aquel de nosotros, supervivientes de la edad de oro, que celebre los suyos.

Ahora cumple cincuenta como escritor, todos nos alegramos por ello. Reciba en mi voz, perciba en ella, el afecto siempre impregnado de admiración, que desde hace medio siglo le profesamos a quienes él tributó un trébol de cuatro hojas y le felicitan desde allá, y los que aún alentamos para desearle, con fervor y sin tregua, muchos cumpleaños más.